

San Rosendo, el santo y su obra

María José Iglesias Vázquez

Doctora en BB.AA.

Cuando D. Segundo Pérez me llamó para decirme que necesitaba de mis habilidades como escultora para realizar una imagen religiosa, me sentí muy honrada.

D. Segundo es para nosotros, mi familia, un miembro más de la misma, y por ello, a los que quieres nunca les puedes negar nada.

Hasta este momento, mis obras estaban ubicadas en Cuenca, lugar de gran tradición en lo que a imaginería religiosa se refiere, por su Semana Santa. Así que, era un orgullo para mí poder hacer algo para mi tierra, y para alguien tan querido y estimado.

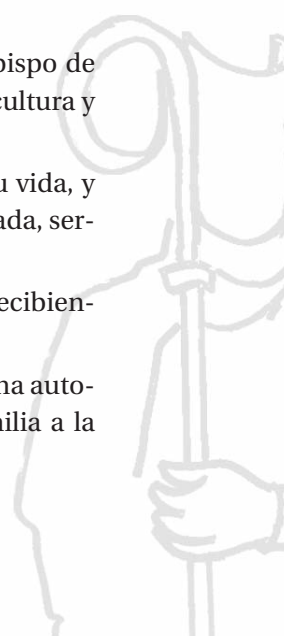
Debo reconocer *-mea culpa-* que era una ignorante de la figura de San Rosendo, pero desde que “llamo a mi puerta”, fui conociéndolo mejor, hasta que pude ponerle rostro, incluso voz en mi cabeza. Me imaginaba sus andares, sus manos, los movimientos, ¡en fin!, crear un “ser” tridimensional, de sensaciones, de relatos, *“como engrandeció su Iglesia..., con cuanta preocupación ayudó con los beneficios de su propio herencia a viudas y huérfanos, a los que venían a instalarse en aquella Comarca y a los extraños que pasaban por allí. Era su rostro angelical y su palabra como la miel por la dulzura de su pronunciación”*. (Manuel Sanchez Monge. Obispo de Mondoñedo-Ferrol).

Rosendo, desde niño estuvo bajo la protección de su tío Sabarico II Obispo de Mondoñedo, para ser educado en el Monasterio de San Martín, centro de cultura y espiritualidad.

Tanto sus padres como su tío, fueron personas de gran influencia en su vida, y una muy positiva, dado que muy pronto creció su fama de persona “entregada, servicial, dadivoso, alegre, modesto, etc”.

Por esta causa lo eligieron Obispo-Abad muy pronto, contaba 18 años, recibiendo el apodo del “Obispo imberbe”, por su juventud.

Como Obispo fue “animador y custodio de la fe, al mismo tiempo que una autoridad, civil y militar bajo directrices de la monarquía Astur-Leonesa, familia a la que el mismo pertenecía.



Por eso mismo no es de extrañar que el Rey Ordoño III, le encargase el gobierno y defensa de Galicia, tal como ya habían hecho su abuelo el Conde Hermenegildo Gutiérrez y su padre Gutierre Menéndez.

Murió a los setenta años, sus restos muy venerados, fueron objeto de importantes peregrinaciones.

Estos datos están recogidos en el libro “Diocese de Mondoñedo– Ferrol. XI Centenario do Nacemento de San Rosendo 907-2007. Novena e Oración Eucarística na Honra de San Rosendo. Mondoñedo-Ferrol 2006”. Escrito por D. Segundo L. Pérez López y del que pude extraer mis conocimientos sobre San Rosendo, a la par que las charlas que D. Segundo, siempre cultas e inspiradoras, tuvo conmigo, para ir configurando como podría haber sido el hombre Rosendo y el Santo que fue después.

Por eso su postura no es casual, se lleva la mano izquierda al corazón, en señal de sentimiento, y la derecha la extiende con su báculo pastoral, pero no es una postura rígida, sino abierta, de mano tendida algo que deja ver: “*yo te comprendo, cuéntame tu problema*”. No es una pose, no es estático, está en movimiento porque te dice: “*venga, vamos, hablamos de ello y lo resolvemos*”, por este motivo su ropaje tiene movimiento, simulando una pierna adelantada y un vuelo en su capa.

Fue un Obispo muy joven y quizá por ello otras imágenes que lo representan no tienen barba o una simple sombra que la simula, pero también quisiera que su bondad y entrega se acompañara de la sabiduría que de forma natural sería adquirida con los años, y ese paso del tiempo vendrá representado en la barba.

Los ojos, son un parte importantísima en su retrato, son más del 50% de la expresión. El iris al igual que la huella digital son únicos, por lo que tienen muchos colores en representación de todos los colores posibles de “los ojos del mundo”. Quería expresar su alma jovial, humana, social, piadosa, que lograra “verte por dentro”, que dieran muestra de entendimiento y junto con una sonrisa hablasen de cómo puede llegar a los corazones.

El proceso es complicado, sobre todo si combinamos, la tradición y la modernidad. Tradición por el proceso, modernidad por el material del acabado.

En el caso de la escultura no suelo dibujar en exceso a la hora de trabajar, sino que, a medida que iba leyendo o charlando con D. Segundo, se iba creando en mi cabeza la figura que quería representar.

Aún así, algún dibujo simple solo por ver las líneas de tensión que tendrá la escultura serían los inicios. Es verdad que a veces vamos creando y la propia escultura adquiere en si misma, una cierta personalidad propia que te va marcando un camino, que tu precisamente, no tenías pensado y eso, me ha ocurrido siempre en los trabajos de imaginería religiosa. Es como si las esculturas en un momento específico del proceso adquirieran alma y decisión propia.

Lo primero es realizar una estructura en la que se mezcla la madera, el alambre y el hierro. Esta parte es el esqueleto de la obra, por eso es tan importante, si el esqueleto no expresa lo que va a ser al final, significa que no estamos haciendo bien el trabajo.

El gran tamaño de mis esculturas obedece al concepto egipcio de grandiosidad, no tengo referencias exactas de la estatura de San Rosendo, pero conociendo aquellos tiempos, no solían tener gran tamaño, pero él merecía ser un hombre que transmitiera la grandiosidad del ser humano, el espíritu de fortaleza y todo lo bueno del hombre. Así pues ésta estructura tendrá cerca de dos metros de altura.

Es una parte complicada, eso de ver la escultura terminada en palos, hierros y alambres, pero el ojo acostumbrado, hace que cuando se le ponga el barro para el comienzo del moldeado sea una satisfacción.

En una pieza tan grande conservar el barro en perfecto estado es dificultoso, hay que emplear sábanas empapadas en agua para mantener la humedad, y no siendo yo una persona de tanta estatura he tenido que subir y bajar del escaño muchas veces, eso sí, la estructura tenía que moverse para ser contemplada desde todos los puntos de vista, así que, construí una plataforma con unas ruedas de cajas de bolas para que no se atasquen por el peso, y de este modo poder girarla siempre que fuese necesario.

La mitra que llevan en la cabeza los Obispos, no siempre fue tan alta, de hecho en la edad media eran menos de la mitad en altura, de lo que son actualmente, pero la contemporaneidad y la modernidad también tienen que estar presentes para una mejor identificación del personaje. Así pues comencé realizando la



mitra en el tamaño original a su tiempo y al igual que éste se fue trasformando hasta el final de la escultura.

La inclinación de la cabeza era también importante y complicada por el peso, que cargaba hacia uno y otro lado, condicionando lógicamente la composición y el equilibrio, pero era necesario ese gesto, hace que te mire desde arriba, pues como Santo concebimos éstos en un espacio elevado, pero se acerca a ti como humano, para que sepas que él también te comprende.

La cara va tomando su forma en el barro, y sus expresiones van cambiando, dando lugar a “estados de ánimo” diferentes.

Al llegar a aquella que buscamos, se realiza los moldes, lógicamente en una escultura tan grande, los moldes tienen que ser en varias piezas, pues no puedes en el taller realizarlo en un solo molde, así que el cuerpo será uno, la cabeza otro y las manos otro diferente para cada una.

Ese molde está hecho en escayola por lo que el peso es considerable, si hablamos del tronco, al ser una pieza importante en tamaño, es necesario realizar el molde con barras de madera para que éste al momento de desmoldarlo del barro no se parta.

Son muchos kilos de barro y muchos sacos de escayola, los que se utilizan en todo el proceso y el moldeado es largo y laborioso.

Para el sacado del molde a veces tienes que utilizar colchones improvisados para que en el momento de la extracción se pueda apoyarlos en el suelo y que éste lo acoja adaptándose para una mayor protección.

Cuando ya tenemos los moldes se limpian y restauran pues siempre puede quedar alguna burbuja de aire, ya que la aplicación de la escayola es lenta, dando primero lo que llamamos una lechada, siendo su compuesto, de escayola con gran cantidad de agua para que de esta forma facilite la entrada de la misma por todos los poros y rincones del modelado y después con otras mas espesas y con mayor consistencia hasta rematar el proceso.

Desmoldar la escayola del barro es un momento importante, de ahí saldrá la definitiva si todo sale bien a la primera, se limpia el molde y lo preparamos para la siguiente fase, consistente en darle un baño de cera caliente, para que no se pegue



el producto que se vierte en el molde, en este caso poliéster y fibra de vidrio, un material moderno, duradero, pues con él se restauran y se construyen barcos y piezas de automóviles, es ligero y resistente algo fundamental pensando en la durabilidad a lo largo del tiempo y también en los posibles traslados que pueda sufrir la figura en un futuro.

La aplicación de la cera tiene que ser como todo el trabajo, muy meticuloso y concienzudo pues si queda una superficie sin el baño aislante este material se pegará a la escayola, siendo después muy complicado despegarlo, llegando a veces a tener que partir la pieza o el molde, en cuyo caso sería nefasto pues retrasaría todo el proceso.

Sacar la fibra de vidrio y poliéster del molde siempre es impactante, pues ese va a ser el último paso de todo el proceso antes del policromado. Siempre hay que lijar y empastar hasta que la superficie sea digna de acariciarla, como el pesado manto que lleva.

Se tiene que realizar una nueva estructura donde se acoplan el tronco y las demás piezas, como la capa en las dos partes delantera y trasera así como la cabeza. Las manos, como la del pecho irá incrustada en la propia capa y la del báculo irá en la unión de las partes de la capa, la trasera y la delantera junto con la manga.

Para las manos he dispuesto del servicio de unos modelos, pues he sacado ideas de dos amigos míos que son muy altos y tienen unas manos grandes y preciosas, ellos tuvieron la paciencia y dedicación de su tiempo para este menester por lo que les estoy muy agradecida.

La cara por el contrario no tuvo ningún referente, más que la lectura de textos y mi creatividad ante la información procesada.





Hubo muchas pruebas para la posición final, montando y desmontando constantemente, para lo cual tuve la ayuda inestimable de mi pareja César Núñez, y de mi gran amigo Italo Cendán que también me ayudó a lijar y empastar, para poder tener rematado todo a tiempo. Entre los tres pudimos hacer esta parte, pues hay que colocar de forma unísona las tres piezas y realizar distintas pruebas hasta encajar todo correctamente.

Quando todo está encajado se coloca por último las manos y la cabeza, teniendo especial cuidado en su postura e inclinación que parezca que todo en él este relajado pero al mismo tiempo con dinamismo.

Una vez todo en su lugar comienza la parte final, la base para la policromía por lo que antes hay que limpiar el taller de todo el polvo que se genera en los procesos anteriores para que esas partículas no se peguen y contaminen las superficies con rugosidades no deseadas. La pintura base es una especial, espesa y muy resistente, ésta se aplica a toda la escultura, quedando completamente blanca y viendo el total sin interferencias de manchas por la utilización de diferentes materiales.



Si pasa el visto bueno, entonces se procede con el policromado.

Él se merecía un buen ropaje al igual que Jesucristo, que según decían llevaba un manto hecho de una sola pieza, que para aquellos días era algo poco usual. Así que, su manto sería como el raso pesado y con ese brillo nacarado de las perlas naturales, teniendo como remate, un cinta dorada igual que su mitra. Esto último está realizado con pan de oro.



El báculo esta diseñado, su cabezal, en base a un tema floral utilizando un dibujo antiguo de una cenefa de ornamentación vegetal, el fuste es de metal y el remate es redondo. En el caso del proceso de creación de la parte superior fue mas rápido, pues modelé directamente en el barro, que a su vez, hizo ya de molde, para eso, el modelado ha de ser en negativo, para que relleno sea la forma positiva, el material utilizado es el mismo que en la escultura, por lo que es necesario, lijar los perfiles y dar base para que agarre la pintura dorada.

Se ha empleado pintura de metales pues el fuste tiene ese mismo tono y así simulase el bronce o el oro.



Cuando todo estuvo rematado, nos dispusimos al embalaje protegiendo, la mano del báculo y su cara especialmente, pues esta última contiene pestañas delicadas.

Para su transporte fue necesario encontrar un furgón cuya profundidad de carga tuviera más de dos metros y acondicionar el suelo con espumas para una mayor seguridad.

Siempre que entrego una obra, es un momento para mí muy emocionante y especial, pues son la entrega de un cúmulo incalculable de horas de sueño (muchas veces me acostaba a las 4 ó 5 de la madrugada) pues hay procesos que no puedes interrumpir, de preocupaciones y al tiempo de toda una confianza depositada en mí para algo tan importante. Debo recalcar este apartado especialmente, pues en ningún momento tuve limitaciones, ni directrices que pudieran condicionar mi trabajo, no tuve tampoco inspecciones censoras, o las típicas visitas curiosas para ver el trabajo y que por otra parte serían lógicas.

La confianza y la fe en mí fue total y por eso mismo, la responsabilidad fue mayor. Así que, esos momentos en que los chicos del seminario, junto con D. Segundo y Don Carlos, nos recibieron a nuestra llegada y nos ayudaron a descargarlo y desembalarlo, fue cuando menos para mí de una emoción indescriptible.

De ese momento hay dos fotografías a las que tengo gran cariño, la primera, ésta que parece estar San Rosendo riéndose conmigo y diciéndome: “¡bien, por fin llegamos, lo has hecho bien hija, mi bendición!”, y esta otra en la que D. Segundo lo ve por primera vez, recuerdo sus palabras; ¡Que Maravilla! ¡Que Jovial! ¡Que Guapo!, y me dio dos besos de felicitación, del mismo modo los chicos



que estuvieron allí, pues eran los primeros en ver la imagen, y su impresión era muy importante.

No suelo firmar la obra hasta la entrega, así que cuando D. Segundo me preguntó: ¿pero no la has firmado?, ¡fírmala!“. Elegí un lugar discreto, para eso llevo siempre mi botiquín de emergencias”.

Nos acogieron maravillosamente, pasamos la noche en este magnífico Seminario, para asistir al día siguiente a la ceremonia de bendición de la obra, muy emotiva y cariñosa, tanto por parte del Sr. Obispo, Don Manuel Sánchez Monge, como por las palabras que D. Segundo nos dedico a mi familia y a mí.

Quiero agradecerle a él especialmente y a toda la organización del Año Jubilar del MC años del nacimiento de san Rosendo, que confiaron en mí para la realización de esta obra, expresarles mi satisfacción y decirles que siempre que me necesiten ahí estaré.

Desde que conocí a San Rosendo me siento mejor persona, ha sido una gran alegría, que llegó a mí, de forma inesperada y que agradezco de todo corazón.

Con la satisfacción de que este relato ayude a comprender la elaboración de ésta obra de imaginaria religiosa, y esperando haya sido del agrado de todos, me despido con gran cariño, quedando a vuestra entera disposición.

